Notas de investigación

Los estudios de masculinidad

Nelson Minello Martini

...Me gusta ser hombrecito
en cualesquier región
para defender lo poquito
del bien de mi corazón...¹

I

COMO TAMBIÉN RELATO EN OTRO LUGAR, EN LOS AÑOS ochenta del siglo pasado impartía un seminario sobre Michel Foucault en el posgrado de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM; allí escuchaba, con cierto asombro, que algunas estudiantes relataban que las discusiones en clase les habían permitido comprender el entramado de las relaciones de poder y explicarse (y a la vez intentar modificar) los vínculos de pareja. Los participantes varones, por su parte, reclamaban que el seminario les había “movido el piso” en relación con sus compañeras de vida, al grado de tener, en muchos casos, que rectificar sus puntos de vista y sus conductas para con ellas.

El curso, en todo caso, no fue más que un catalizador de una situación social donde la dominación masculina dictaba las reglas y la resistencia de las mujeres intentaba modificarlas.

¹ Juan Mendoza, “Coplas de Michoacán”, en M. Kuri Aldana y Vicente Mendoza (comps.), *Cancionero popular mexicano*, vol. 1, México, Dirección General de Culturas Populares del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1992 (5ª reimpresión).

Preocupado durante mucho tiempo por estudiar los fenómenos del poder en la esfera macro, la experiencia anterior me llevó a pensar más en el aspecto individual, en los varones, en qué sentían éstos como tales en su vida cotidiana, con su pareja, con sus hijos e hijas, en su trabajo, etc. Comencé a leer y a reflexionar sobre masculinidad, pero sin emprender ninguna investigación concreta.² En este campo de investigación —sin pretender poseer la llave del conocimiento— considero que tres son los rasgos más importantes cuando se intenta estudiar la masculinidad. *Uno*, pensarla como un concepto en construcción; *dos*, plantear dicha elaboración desde el género; *tres*, entender la idea de masculinidad como una herramienta analítica.

Verla como un concepto en construcción significa no olvidar que las dimensiones, variables e indicadores que lo componen no están ni total ni claramente establecidas. Decir que es una categoría borrosa y poco clara (Coltrane, 1994; Segal, 1990) significa la necesidad de mayor investigación empírica —apoyada en el aparato teórico disponible en este momento—, que permita fundamentar sólida y rigurosamente un concepto como el que nos ocupa. Estas investigaciones concretas, antropológicas, históricas, sociológicas, psicológicas y psicoanalíticas, con las características que correspondan a cada disciplina, deberán contemplar los aspectos materiales y simbólicos, el cuerpo y sus significados, el proceso histórico y los tiempos (largos y cortos), las estructuras y los hombres y mujeres de carne y hueso, las condiciones individuales y las estructurales.³

Entenderla dentro de la perspectiva que analiza la relación varón-varón, varón-mujer y mujer-mujer —es decir, en términos de género—, es una posición que tiene relativamente poco tiempo de existencia —una, quizá dos décadas—. Adoptarla significa abandonar la ¿ingenua? trampa del poder que considera posible explicar a los varones en sí mismos; es en la intersección

² La investigación la realicé tiempo después como tesis de doctorado (véase Minello, 2001). También influyeron en esa preocupación algunas consideraciones personales. La más importante es la relación de pareja que lleva ya casi 40 años con una socióloga feminista a quien debo mucho, amorosa e intelectualmente. Su preocupación por la causa de las mujeres me hizo conocer de cerca la situación de éstas con respecto a los varones; sus trabajos teóricos me introdujeron en la dimensión de género y, por lo tanto, ayudaron a encaminarme en este estudio del “ser varón”; por último, pero no por ello menos importante, su compañía me llevó a intentar —sin saber a ciencia cierta si lo he logrado, tanto por circunstancias estructurales como individuales— un estilo de vida donde la equidad estuviera presente.

³ Como señala Elias (1982:16) “...conceptos como ‘individuo’ y ‘sociedad’ no se remiten a dos objetos con existencia separada, sino a aspectos distintos, pero inseparables, de los mismos seres humanos. [...] Ambos conceptos tienen el carácter de procesos y [...] el problema de las relaciones entre estructuras individuales y estructuras sociales comienza a aclararse en la medida en que se investigan ambas como algo mutable, como algo que está en flujo continuo”.

de los géneros donde se define la masculinidad; es decir, en la relación y el conflicto. *Grosso modo*, esta posición sostiene que el ser varón o mujer es una construcción, tiene en cuenta el contexto social, cultural y económico en el que se desarrolla la investigación concreta; reconoce que la sociedad presenta una división genérica, donde las mujeres ocupan una posición subordinada; subraya la importancia del momento relacional sin olvidar las experiencias individuales y, por ello, vincula los espacios macrosociales con los micro-sociales.⁴ Buena parte de las investigaciones sobre masculinidad elaboradas en las últimas décadas se encuadran dentro de esta postura teórica. Aunque no deja de presentar problemas (fundamentalmente porque el género es también una categoría en construcción) constituye, con mucho, el enfoque que considero más fecundo y que he adoptado en mis investigaciones.

Por otra parte, entender la masculinidad como herramienta analítica y no meramente como un concepto empírico (véase Hawkesworth, 1999; Scott, 1990; Hartmann, 1986, entre otras) permitirá tanto la formulación de interrogantes y problemas de investigación como la construcción de conceptos y explicaciones tentativas, parciales y sujetas a comprobación, de esos procesos o mecanismos a través de los cuales se produce y reproduce la dominación de unos individuos con cuerpos sexuados sobre otros, en contextos históricos y socioculturales específicos.

II

Por otra parte, se olvida muchas veces que la categoría *género* no es la única dimensión de diferenciación social. También lo son *etnia/raza* y *clase/estrato*. Como señalan varias autoras feministas, “el dejar de explorar la interacción de la raza, la clase y el género ha costado al campo [de los estudios de mujeres] la posibilidad de un análisis amplio y verdaderamente complejo de las vidas y la organización social de las mujeres” (Baca Zinn *et al.*, 1998:241), afirmación que puede aplicarse con total certeza a muchos estudios sobre hombres.⁵

⁴ Cuando aquí, como en otras partes del texto, hablo de categoría relacional me refiero a que el género no está presente por sí solo, sino únicamente en presencia del otro (u otros). Es la misma idea que se aplica a las clases sociales.

⁵ En la bibliografía se encuentran muchas llamadas de atención sobre la categoría, un indicador claro de las dificultades planteadas por un uso impreciso de la misma. Así, Hearn y Morgan (1990:8) destacan los peligros de reificación, esencialismo y reduccionismo cuando no se teoriza la categoría género. Cornwall y Lindisfarne (1994:35 y ss.) alertan contra el dualismo de género; otras autoras hablan de las dificultades para desarrollar un estudio de género en América Latina por la preeminencia que en las ciencias sociales tuvieron las relacio-

El enfoque importa, y mucho, para los estudios de masculinidad. Si el género es visto como algo individual no se avanzará mucho más allá de la perspectiva de los “roles sexuales”. En cambio, pensado como una construcción social, histórica, que refleja fenómenos de poder, podrá entenderse la masculinidad como una relación entre varones y mujeres,⁶ será posible introducir una estructura jerárquica de los modelos de masculinidad existentes en una sociedad dada, pensar en las adscripciones de género tanto en las personas como en las instituciones, comprender las interrelaciones (conflictivas) entre los tres sistemas de diferenciación social ya mencionados (véase Connell, 1987). Sin embargo, aunque lo consideremos como una relación social, si mantenemos una visión dicotómica (varón/mujer), no podremos captar los posibles cambios de género en las personas, producto de las etapas del ciclo de vida y de la posición ocupada en la estructura de parentesco, ni tampoco la creación de un tercer, cuarto... o más géneros (en este último sentido consúltese De Barbieri, 1996; Miano, 1998).

Dicho con otras palabras, abandonar un concepto meramente empírico para convertirlo en analítico permitirá comprender tanto el plano individual como el social, la historia y las estructuras, el cuerpo, las normas, las prácticas sociales y sus significados culturales; supone reconocer que el género se organiza en el encuentro o conflicto con otros sistemas de diferenciación social; reconocer asimismo que la masculinidad, aunque es parte del género, tiene una autonomía relativa que debe ser tomada en cuenta;⁷ al situar este “ser varón” en la sociedad destaca la importancia del mundo del trabajo, de la escuela, de la familia y del parentesco (probablemente los más importantes) pero también la legislación, el aparato judicial, los aparatos ideológicos del Estado (en el sentido gramsciano del término); por último, pero no por ello menos importante, tener en cuenta, para algunos países latinoamericanos, la

---

nes económicas y de clase, a la vez que critican una visión dicotómica e insisten en que la identidad de género es ambivalente y contradictoria o, en otras palabras, que en una misma persona coexisten rasgos genéricos masculinos y femeninos (Melhuus y Stølen, 1996:10 y ss.); Fachel (1998:104) propugna el estudio de las relaciones de género y sugiere profundizar en las tensiones que producen. Estas llamadas de atención no están generadas en el vacío. Una somera revisión permite encontrar autores y autoras que lo ven solamente como dicotómico (por ejemplo, Cáceres, 1998:159-161), o consideran a las identidades de género como algo fijo e inmutable (Fuller, 1998:140).

⁶ La dominación masculina es ejercida, estructuralmente, por todos los hombres. Esto no significa que no haya dentro del género masculino una estructura jerárquica.

⁷ Es decir, cuando se comprueba que la masculinidad de la clase obrera es distinta de la de un individuo de la burguesía, por ejemplo, sabremos que ello se debe a que cada una de esas clases tiene una organización de género específica, aunque compartan, ambas, el ejercicio de la dominación masculina.

presencia significativa de civilizaciones prehispánicas de manera que, aunque la masculinidad tenga una huella occidental, habrá que investigar las transformaciones que pudieron sufrir las organizaciones de género en esa interrelación de lo venido del oeste con lo prehispánico (Alatorre y Minello, 2001).

III

Aunque la ciencia conserva todavía un fuerte aire androcéntrico, en las ciencias sociales los varones no constituyeron un objeto de estudio como tales durante mucho tiempo. Pero desde la década de 1970 del pasado siglo xx comienzan a aparecer análisis —llamados *men's studies* en las universidades estadounidenses— que examinan el significado del “ser varón” en distintas sociedades, producción que crece notablemente —a la vez que incorpora el estudio de género— en los años noventa de aquel siglo. Esta oleada tiene estrecha relación con el feminismo de la década de 1960 (Seidler, 1989; Hearn y Morgan, 1990; Connell, 1995; Weeks, 1996). Las relaciones hijo-madre (y viceversa) siempre han sido complejas: las de los estudios de masculinidad con el feminismo no son la excepción. Algunos autores nunca quisieron reconocer el vínculo —aunque lo hacían implícitamente, quizá de manera inconsciente—, salvo para lamentarse que las mujeres les robaron el poder y que la única solución era retomarlo, como plantean Bly y los mitopoéticos. Muchos otros, en cambio, aceptaron aquella filiación y comenzaron a estudiar a los varones siguiendo de cerca los marcos teóricos planteados por el feminismo académico (véase Coltrane, 1994:42).

Como en otros casos, la cantidad no se trasmutó siempre en calidad. Al revisar someramente los estudios de masculinidad encontraremos diferentes interpretaciones, que parten de supuestos epistemológicos, teóricos, metodológicos y políticos distintos.

Las variadas posiciones podrían resumirse en que la masculinidad es considerada como: *i*) un atributo personal que los distintos hombres poseen en distintas magnitudes; *ii*) un rasgo de personalidad, que puede ser más o menos permanente en cada individuo; *iii*) una esencia inscrita en la naturaleza de los varones; *iv*) un papel en la organización social (proveedor, protector, etc.); *v*) todo lo que hacen o piensan los hombres; *vi*) todo aquello que hagan o piensen *en función de ser hombres*; *vii*) lo que hacen o piensan algunos varones, considerados paradigmáticos; *viii*) dentro de las relaciones de género.⁸

Si adoptamos alguna de las cuatro primeras perspectivas, el análisis se reduce a un ámbito individual y no contempla la sociedad donde se desarro-

⁸ Tomo esta clasificación, simplificándola, de Alatorre y Minello (2001).

lia el sujeto estudiado. Aún más, al postular una esencia, como lo hace la tercera de las posiciones señaladas, se deshistoriza totalmente al género humano, al tiempo que la elección de la esencia es bastante arbitraria y los diversos autores que se inscriben en esta corriente no se han puesto de acuerdo. Cuando se piensa en un papel (o rol) se mantiene una visión estática que supone diferencias más que relaciones entre los sexos y, por lo tanto, ámbitos exclusivos para cada uno de ellos. Al postular que la masculinidad es lo que hacen los hombres nos colocamos en un modelo empirista y con cierta dosis de ingenuidad, que confunde género con sexo; si lo hacemos más complejo para estudiar qué hacen los varones *para ser tales* también se limita al 49% de la humanidad. Ambos modelos son ciegos a la circunstancia, comprobable empíricamente, que las mujeres también pueden tener (y tienen) prácticas y conductas masculinas. Por otra parte, aparecen como poco aplicables en sociedades complejas y menos aún en nuestro tiempo, cuando muchos varones y mujeres realizan por igual las mismas tareas. Al estudiar los hombres paradigmáticos (John Wayne y Charlton Heston, Robert Redford u Oliver Stone, *Teddy* Roosevelt o Ernesto *Che* Guevara, Joe Louis o *El Púas* Olivares, Pedro Infante, etc. etc.), no parece tomarse en cuenta que la diferencia entre los personajes y los varones comunes es muy grande y que estos últimos no se acercan ni lejanamente al paradigma. Es decir, si siguiéramos su lógica terminaríamos por sostener que por definición la mayoría de los hombres no son masculinos; en otras palabras, no hay una verdadera construcción de conocimiento.

Como señalé arriba, ver la masculinidad desde el género y como una perspectiva relacional tanto en el plano individual como en el social constituye, desde mi punto de vista, la posición más fecunda.

IV

Reconocida o no la maternidad feminista que mencioné antes, muchos estudios sobre varones arrastran varios de los problemas que tuvieron en sus comienzos las investigaciones sobre mujeres (los que, entre otros puntos, confundieron cuestiones epistemológicas, teóricas, metodológicas, técnicas y políticas [véase De Barbieri, 1998]).

En los trabajos sobre hombres estas dificultades se reflejan en:

- a) *Falta de rigor teórico*. Con frecuencia se iguala el significado de sentido común del término con su acepción científica, sin mayor reflexión. En varias de las ciencias sociales las categorías de varón y masculinidad

son vistas como evidentes *per se* y en muchos estudios usualmente permanecen implícitas y no son elaboradas teóricamente (véase esta crítica en Hearn y Collinson, 1994; Carrigan, Connell y Lee, 1987; Connell, 1995; Cornwall y Lindisfarne, 1994; Gutmann, 1997, entre otros).

- b) *Imprecisión en la definición del objeto de estudio.* Existe un sinnúmero de definiciones de masculinidad; algunas destacan el mundo del trabajo, otras la familia o el parentesco, en ciertos casos el énfasis está puesto en el cuerpo y en otros, en el poder, unos privilegian los deportes o más ampliamente el tiempo libre y muchos otros aspectos. Como afirma Gutmann (1997) es notoria la ausencia de un trabajo sistemático de construcción teórica sobre la masculinidad. En consecuencia, se privilegia uno u otro de los campos mencionados arriba, sin integrarlos en un sistema de ideas ni se delimitan con rigor las fronteras de ese objeto.
- c) *Vaguedad en los términos clave.* Las palabras, vacías de su contenido coloquial pero no reformuladas como exige la ciencia, poco ayudan a la comprensión de la masculinidad. Es frecuente leer en las investigaciones referencias a, por ejemplo, género, patriarcado, machismo, masculinidad hegemónica.⁹

Ya planteé antes qué sucede cuando se habla, sin demasiada precisión, de género; veamos ahora, de manera sucinta, las otras categorías señaladas.

Machismo parece una palabra sólo para ser hablada; su significado depende de la entonación y de la expresión de quien la dice, quizá del contexto. Si se mantuviera en el lenguaje verbal, no habría más que tener un oído atento. Pero no sucede lo mismo cuando se traslada a la escritura y, más aún, se le convierte en una categoría de análisis.

Se ha utilizado como algo evidente, que todo el mundo conoce y cuya definición se comparte. Sin embargo, nada está más lejos de esto. Mientras algunos destacan la violencia y la agresividad (Paredes, 1983; Stevens, 1973) otros agregan rasgos como el autocontrol y la generosidad, hablan de un machismo “auténtico, caracterizado por verdadero valor” y de otro “sólo de apariencia, falso en el fondo” (Vicente Mendoza, citado por Paredes, 1983). En Gran Bretaña “macho” puede ser tanto un heterosexual jugador de rugby como un parroquiano de un bar gay (Cornwall y Lindisfarne, 1994). El significado del concepto no es igual en una cultura estadounidense que en otra latinoamericana (Mirandé, 1997). No está claro si es un fenómeno perma-

⁹ Ya planteé arriba qué sucede con el género cuando se le invoca sin demasiada precisión y analicé en otra parte (Minello, en prensa) la masculinidad hegemónica, por lo cual no lo hago aquí.

nente o sólo corresponde a un momento histórico de algunas sociedades, planteo este último que comparten Miranda (1998) y De Barbieri (1990). Tampoco es evidente si corresponde a una etapa de la vida del sujeto; en este sentido, Callirgos (1996) dice que los jóvenes estadounidenses presentan un periodo machista en la adolescencia y explica que los latinoamericanos lo sufren toda la vida pues no logran superar esa etapa por la sobredestacada presencia materna, la ausencia de figuras paternas comprometidas y la persistencia de las redes familiares. Para algunos, el machismo es una herencia colonial, de los conquistadores y de la iglesia católica (véase Ramos, 1986; Paz, 1981; Ramírez, 1977), otros señalan que las sociedades precolombinas eran patriarcales y guerreras y ya en ellas existía el machismo (Aramoni, citado por Mirandé, 1997).

En suma, *machismo* es un nombre aplicado a situaciones contradictorias. Su uso, más que aportar nuevos conocimientos sobre la masculinidad, confunde; cada lector o lectora puede darle un significado distinto y ofrece una falsa sensación de saber. Por otra parte, contribuye también a una reificación o quizás esencialización del sujeto, al declararlo macho, no reconocerle ambigüedades o contradicciones en sí mismo, negarle la riqueza de una identidad construida por muchos factores y condenarlo a un estereotipo.

Sociedad patriarcal. El nombre se aplica alegremente para referirse a la actual, mientras “patriarcado” se utiliza para significar el dominio masculino. Que en algún momento existió un modelo de dominación llamado patriarcado no es difícil pensarlo. El problema está en saber si el vocablo puede aplicarse siempre o, rigurosamente, sólo a una época histórica. En el feminismo, dice Rubin, el término se usó para distinguir unas fuerzas sociales como el capitalismo, de otras que mantienen el sexismo (Rubin, 1986); cumplió un papel importante al distinguir entre dos mecanismos de sujeción-subordinación distintos (aunque ambos afecten a las mujeres). Pero la autora citada sostiene que esta forma específica de dominación masculina no debe ser entendida ahistóricamente y (muy de acuerdo, agregó, con la visión weberiana del concepto) su uso tendría que limitarse a sociedades de pastores nómadas como los descritos en el Antiguo Testamento o a grupos similares donde el patriarca tenía “...poder absoluto sobre esposas, hijos, rebaños y dependientes...” (Rubin 1986:105).

En resumen, patriarcado se encuentra utilizado como: *i*) una descripción más que una categoría (Rubin, 1986; Rowbotham, 1984; Hartmann, 1986); *ii*) una forma histórica de la dominación de las mujeres por los varones (Rubin, 1986; Cockburn, 1990); *iii*) una dominación —el aspecto actual del sistema sexo-género— que implica el mundo del trabajo (Cockburn, 1990).

- d) *Falsa oposición entre metodologías cualitativas y cuantitativas y desconocimiento de la lógica de la investigación científica.* Teórica y metodológicamente, en los estudios de masculinidad se abandonan muchas veces las perspectivas clásicas en la ciencia social. El rechazo de algo que se llama positivismo (pero que no se define, se da por dado, en otra muestra de la importación del sentido común, acrítico, a las ciencias sociales) está bastante difundido. Es una posición que arroja fuera al mismo tiempo el agua de la tina y al niño, cuando descarta la posibilidad de un conocimiento objetivo (por supuesto, hipotético y sujeto a comprobación). Todo esto, como el desestimar la investigación cuantitativa o la generalización de los hallazgos, desconocer la existencia de estructuras sociales, exaltar los métodos “cara a cara” (individuales e individualistas), en suma, ignorar la presencia de una sociedad como tal, son parte de una polémica algo antigua en las ciencias sociales. La irrupción del llamado posmodernismo —ayudado después, en otro plano, por la caída del Muro de Berlín— acarreó también la fantasía de que asimismo habían fracasado las teorías generales para comprender la realidad social. El individuo se convierte en el centro del conocimiento; se olvidan los hechos sociales (por definición, colectivos) y las regularidades. La aceptación del individualismo se ve favorecida porque aparece como simple y fácil de comprender; tiene un fuerte componente racional; se plantea como válido en todas las ciencias humanas; coincide tanto con una ideología liberal como con otra conservadora; promueve el utilitarismo, plantea una visión ahistórica, uniforme de la naturaleza y, al mismo tiempo, ignora los problemas de las relaciones micro-micro y las macro-micro (Bunge, 1996).¹⁰

V

Los llamados a construir una teoría que permita explicar la masculinidad son recurrentes en la bibliografía. Por ejemplo, Brod (1987:10) destaca que es todavía demasiado pronto para establecer un canon que regule los estudios sobre varones; Seidler (1989) declara que su texto recoge tanto sus preocupaciones en tanto persona como las teóricas; Brod y Kaufman (1994:4) pre-

¹⁰ A estos problemas se agregan otros, como el de la inclusión de la propia subjetividad del investigador/a o la postulada necesidad de mantener un compromiso con la acción, que no desarrollo aquí para no extender con desmesura este texto. Véase su tratamiento en Minello (2001).

sentan su compilación como un libro sobre distintos métodos, perspectivas (*frameworks*) y enfoques para la reflexión teórica sobre masculinidad; Connell (1995:x) plantea una perspectiva sistemática para el análisis de las masculinidades; Cornwall y Lindisfarne (1994:2), en cambio, con un fresco aire rupturista, no proponen una teoría pero plantean una visión nueva para estudiar identidades genéricas, a la vez que esperan establecer una especial línea de análisis.

Por cierto, no intento ni por un instante desconocer ni restar méritos a los esfuerzos por la construcción de teorías. Sencillamente, considero que los estudios de masculinidad no conforman todavía una suficiente “masa crítica” para provocar la reacción en cadena que permita la elaboración de una teoría (o varias).

Al mismo tiempo, estimo que es absolutamente necesario contar con un aparato teórico que permita ser sistemático y riguroso en la construcción de los datos, la inferencia lógica, la descripción cuidadosa del problema o problemas estudiados, la posibilidad de comunicar los resultados, la evaluación y crítica del trabajo realizado, etcétera.¹¹

Tampoco se trata de construir la teoría (en este caso, sobre la masculinidad) y mientras tanto no investigar. La búsqueda de un “marco teórico” y la importancia mítica que se le otorgaba llenó las ciencias sociales de farragosas, confusas páginas poco creativas y vació de contenido empírico a la investigación.

Es necesario un diálogo entre hipótesis y experiencia, donde las primeras (a partir de una teoría) tienen la preminencia, porque lo real no tiene la iniciativa y sólo habla cuando se le interroga y los documentos (entendidos en sentido amplio e incluyendo entrevistas e historias de vida) sólo responden cuando se sabe interrogarlos (Bloch, 1967:54).¹²

Quizá convenga aclarar qué entiendo por teoría. Pienso en un esqueleto conceptual (un sistema formal) que debe ser desarrollado con hipótesis específicas y datos relativos al tipo concreto de sistema que nos interesa (Bunge, 1996:122). Me coloco dentro del enfoque sistémico, que permite analizar tanto al individuo como a los sistemas sociales. Esta visión permite explicar a las sociedades en términos de las acciones individuales y a éstas referidas al contexto social (Bunge, 1996:264). Considero que esta perspectiva es la más adecuada para estudiar la masculinidad.

¹¹ Porque siempre pueden amontonarse datos; es más difícil determinar si esa acumulación construirá conocimiento y es seguro que sin un aparato teórico previo conocido, tal aporte no podrá afirmarse.

¹² Véase una hermosa forma de “saber interrogar” en Ariès (1973).

Por todo lo anterior, como intento exponer, estimo más fructífero realizar estudios empíricos guiados por las teorías fundadoras de la sociología conjuntamente con los aportes de Freud, la crítica al euro- y al androcentrismo, la visión de la construcción social del tiempo (o, lo que es lo mismo, reconocer los tiempos múltiples en la investigación social), la consideración de los aportes tanto de las ciencias no sociales como del feminismo y, por último, el desafío de los estudios de la modernidad, retos que, al decir de Wallerstein (1999) la disciplina ha debido enfrentar en los últimos treinta años.

El feminismo ya recorrió el camino de preguntarse si era o no necesaria una teoría (feminista, en este caso). No es ocioso aprender de su pensamiento. Harding formulaba, entre otras, las siguientes preguntas: “¿Existe un método distintivo de investigación feminista? ¿Cómo es que la metodología feminista desafía —o complementa— las metodologías tradicionales? ¿Sobre qué bases se sostienen los supuestos y procedimientos de las investigadoras feministas?” (Harding, 1998:9).¹³

También hay que tener en cuenta “que muchos de los intentos iniciales para construir una ciencia social feminista padecían del uso monolítico de categorías como mujer, género y feminismo, el cual trajo como resultado la tendencia a ignorar las diferencias éticas, políticas y epistemológicas entre mujeres” (Goldsmith, 1998:43) o, como dice otra investigadora, “[h]ubo intuición, sensibilidad, pasión y voluntad de conocer en abundancia; pero no habían propuestas teórico-metodológicas disponibles adecuadas a los malestares que las mujeres expresaban, es decir, a los problemas reales” (De Barbieri, 1998).

La discusión de las feministas colocó en el mismo plano crítico al investigador(a) y al investigado, es decir que las creencias, posiciones teóricas, políticas, del primero también forman parte de la investigación y de sus resultados.¹⁴ La “introducción de este elemento ‘subjetivo’ al análisis incrementa de hecho la objetividad de la investigación, al tiempo que disminuye el ‘objetivismo’ que tiende a ocultar este tipo de evidencia...” (Harding, 1998:26). También me parece destacable que las primeras feministas —al no estar to-

¹³ Quienes estudiaban a las mujeres necesitaban una teoría que diera cuenta de la subordinación femenina y para ello debían cambiar las formas de hacer ciencia (De Barbieri, 1998). Partían del planteamiento de la característica androcéntrica (algo trasquilada ahora, pero no inexistente) de la investigación social, que “formula únicamente preguntas sobre la vida social que plantean problemas desde la perspectiva de las experiencias sociales de los hombres (por supuesto, de los blancos, occidentales y burgueses)” al decir de Harding (1998:19).

¹⁴ Aunque la influencia de las feministas, por la dependencia de los estudios de masculinidad es importante, es necesario recordar que buena parte de estas precauciones ya habían sido expresadas por muchos y muchas que trabajaron un enfoque cualitativo

talmente construido el objeto de estudio en términos conceptuales—, privilegiaran la observación —la mirada y la escucha— como forma de ingresar a un mundo invisible hasta ese momento (De Barbieri, 1998:n.19).¹⁵ Es decir, rasgos metodológicos que corrigen la estructura general de la teoría de la investigación cuando se aplica a las mujeres y al género (Harding, 1998:26).

El hecho de que existan tres ejes de distancias —clase/estrato social, raza/etnia, género—, que ordenan, jerarquizan y regulan la vida de varones y mujeres, es ahora aceptado por la mayor parte del mundo académico. Si meditamos sobre el carácter interactivo de dichas distancias, que puede impulsar o inhibir ciertos privilegios o subordinaciones, pensaremos asimismo en términos relacionales permitiendo, desde el punto de vista metodológico, estudios escrupulosos de cambios en alguno(s) de los ejes y su interrelación con los restantes (De Barbieri, 1998).

Hay otro punto que convendría recoger cuando se trabaja con los varones: el relacionado con las entrevistas. Las feministas, para evitar el mencionado androcentrismo buscaron “dar voz a las mujeres” con el resultado, muchas veces, de confundir la presentación de los datos brutos con el proceso mismo de investigación o caer en la trampa positivista de que los datos hablan por sí solos o, incluso, no considerar el contexto en los relatos de los y las entrevistadas (Goldsmith, 1998:44).

Todo lo anterior no significó la creación de una *teoría feminista*, sino la aplicación de los principios generales de la investigación social a los problemas de mujeres y género (Harding, 1998; De Barbieri, 1998).

Cuando se piensa en la creación de una teoría de la masculinidad, es saludable que estas reflexiones feministas y sus aportes sean recogidos (y, en buena medida, lo son por muchos autores y autoras). Asimismo, los trabajos sobre los hombres han tenido que (re)plantearse las preguntas que habían formulado las feministas; interrogantes que se refieren, fundamentalmente, a la invisibilidad de los problemas masculinos, dados por sentados sin más (por ejemplo, la sexualidad masculina como “impulsiva”, que enmascara y disculpa algunas conductas de los hombres; la violencia sexual que tal posición implica; la violencia doméstica; la división de tareas en algunas para los hombres y otras para las mujeres).

En resumen, hace falta mucha discusión y crítica, esbozo de posiciones teóricas y metodológicas que, a falta de mejor nombre podremos llamar de “alcance medio”, en el sentido que le da Bunge a la expresión; es decir, un modelo teórico todavía muy cercano a los hechos empíricos, pero cuyas ca-

¹⁵ Forman parte de un mundo subordinado, y es conocido el poder de los sometidos/as para descubrir sus propias situaciones (Foucault, 1992).

tegorías pueden ser probadas conceptualmente (Bunge, 1996:125 y ss.). Un modelo tal permitiría avanzar en la construcción abstracta (*id est*, teórica) de la masculinidad.

VI

Algunas reflexiones a manera de conclusiones provisionarias, no solamente porque la ciencia siempre está sujeta a confirmación o refutación por estudios posteriores, sino porque la masculinidad es un concepto en construcción (y, aún más, integrado dentro de otro concepto más amplio —género— también en elaboración).

A lo largo de mi investigación encontré, coincidiendo con otros estudiosos, que el ser masculino se muestra heterogéneo, adopta formas diversas, fragmentadas y cambiantes, no sólo respondiendo a distintas épocas históricas del país sino también a lo largo de la vida del propio sujeto. La masculinidad es ambigua, incierta, confusa y en algunos casos contradictoria. Pero compare, en todos los hombres, la dominación sobre las mujeres.

Las características específicas de esa dominación estarán influidas por la organización social de que se trate y de acuerdo con la clase/estrato social, la etnia/raza, la etapa del ciclo de vida, las características regionales, etc., en las que se encuentre el sujeto de estudio, sin olvidar —como se dijo— que la masculinidad tiene una especie de autonomía relativa frente a los otros ejes de diferenciación social.

Esta masculinidad —al igual que muchos otros fenómenos sociales— es muy poco individual; de ninguna manera puede entenderse sólo como un episodio personal. Ciertamente, las emociones, las conductas, serán individuales, irrepetibles, pero los hombres y las mujeres están insertos en estructuras simbólicas, sociales, culturales y económicas que señalan las pautas generales de los caminos a recorrer. A la vez, estas estructuras no son neutras sino que también, en tanto genéricas, están teñidas de masculinidad.¹⁶ En tercer lugar, tales estructuras sufren, resisten y a veces son modificadas por

¹⁶ No me refiero solamente a las fuerzas armadas, las burocracias, las organizaciones educativas (en todos sus niveles), las iglesias, que han sido consideradas en distintos estudios y se acepta más generalmente su característica de instituciones sexuadas. La legislación y el derecho también lo son (recordemos, por ejemplo, que las Siete Partidas, la recopilación legal realizada en la España del siglo XIII, en su Título VI de la tercera de ellas, que trata de los abogados, prohibía a las mujeres ejercer esta profesión porque no era “honesta cosa, que la mujer tome officio de varón, estando públicamente enbuelta con los omes” [Tanck de Estrada, 1982:9]). Véase también Hearn y Parkin (1987).

la acción colectiva de hombres y mujeres. Para estudiar dicha masculinidad tendremos que tener en cuenta tres grandes dimensiones o ámbitos: la social, la cultural o simbólica, y la subjetiva o individual.¹⁷

Las fuentes son más abundantes de lo que podría creerse. Censos y encuestas pueden dar perfiles generales de la masculinidad. La relectura de obras producidas por las distintas ciencias sociales también ofrece ricas pistas sobre el “ser varón”. La novela, el cuento, la poesía, los ensayos sociales, también proporcionan interesantes sugerencias acerca del ser varón de los hombres; no he utilizado, pero considero que son fuentes valiosas, la canción y la creación cinematográfica o videográfica, las leyendas, fiestas y tradiciones, los chistes (no sólo los de color).

Los testamentos, los juicios de divorcio, los penales (incesto, acoso sexual, violencia doméstica, etc.), los laborales y la legislación en general aportan asimismo información muy valiosa.

Desde un punto de vista metodológico considero que la entrevista a profundidad, la historia de vida u otras técnicas micro que rescatan la individualidad del sujeto de estudio son necesarias pero no suficientes, por las razones estructurales señaladas arriba. Con aquellas podremos saber de prácticas, conductas y valores de los varones interrogados, el uso del cuerpo (del propio y de los otros y otras), la introyección (y, en su caso, modificación o adaptación) de las pautas societales.

El trabajo de campo no puede limitarse al puro individuo varón; debe tomar en consideración tanto al género femenino¹⁸ como considerar la sociedad que da sentido a la masculinidad mentada. Esto significa —algo menos sencillo de hacer que su simple expresión— el entretrejo de las condiciones sociales en el estudio; en otras palabras, la comprensión del discurso de hombres y mujeres a la luz de las condiciones históricas en que esos discursos se dan (y tener en cuenta, como diría Foucault, por qué aparecen esos discursos y no otros).

Aunque a lo largo de estas páginas he sostenido un tipo de investigación que podríamos llamar global —acotada en el tiempo o por estratos sociales—, este no tiene que ser el único camino. Hay valiosos estudios del “ser varón” que abordan temas más acotados, como la paternidad, la sexualidad o el cortejo, el mundo del trabajo, etc. Quizá la precaución a tener en cuenta sería no olvidar ese mismo carácter de analizar sólo parte de ese complejo concepto que es la masculinidad.

¹⁷ Un mayor desarrollo de estas dimensiones puede verse en Alatorre y Minello (2001).

¹⁸ Y también a otras expresiones genéricas que pudieran estar presentes en ese grupo social en estudio; recuérdese Miano (1998).

En suma, encarar el análisis de un objeto de estudio con fronteras todavía no totalmente definidas nos obliga a saber leer los datos producidos por distintas disciplinas además de la propia, llegar con un espíritu libre de preconcepciones (o luchar contra las mismas), profundizar en el análisis crítico, buscar las contradicciones posiblemente existentes, saber interrogar tanto a los y las entrevistadas como a los documentos y las instituciones, tener siempre presente que el estudio de la masculinidad es multidimensional y en varios planos (del individual al social). Una tarea compleja, pero estimulante.

Recibido y revisado: mayo, 2002

Correspondencia: El Colegio de México/Centro de Estudios Sociológicos/
Camino al Ajusco núm. 20/Col. Pedregal de Sta. Teresa/C. P. 1740/México
D. F./tel. 54 49 30 00 ext. 4116/correo electrónico: nminello@colmex.mx

Bibliografía

- Alatorre Rico, Javier y Nelson Minello (2001), "Género y masculinidad", *Cuicuilco*, vol. 8, núm. 23.
- Ariès, Philippe (1973), *L'enfant et la vie familiale sous l'Ancien Régime*, París, Seuil. (Traducción parcial al castellano en Taurus, 1987.)
- Baca Zinn, Maxine *et al.* (1998), "Los costos de las prácticas excluyentes en los estudios de mujeres", en M. Navarro y C. R. Stimpson (comps.), *¿Qué son los estudios de mujeres?*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, (1ª. ed. del artículo, en inglés, invierno de 1986).
- Bloch, Marc (1967), *Introducción a la historia*, México, Fondo de Cultura Económica, (1a. ed., en francés, 1949).
- Brod, Harry (1987), "Introduction. Themes and Theses of Men's Studies", en H. Brod (ed.), *The Making of Masculinities. The New Men's Studies*, Boston, Allen & Unwin.
- y Michael Kaufman (eds.) (1994), "Introduction", en *Theorizing Masculinities*, Londres, Sage Publications.
- Bunge, Mario (1996), *Finding Philosophy in Social Science*, New Haven/Londres, Yale University Press.
- Cáceres, Carlos (1998), "Jóvenes varones en Lima: dilemas y estrategias en salud sexual", en T. Valdés y J. Olavarría (comps.), *Masculinidades y equidad de género en América Latina*, Santiago de Chile, FLACSO/UNFPA.
- Callirgos, Juan Carlos (1996), "Soldados desconocidos. Notas sobre el machismo latinoamericano", *Márgenes. Encuentro y debate*, año IX, núm. 15, diciembre.
- Carrigan, Tim, Bob Connell y John Lee (1987), "Toward a New Sociology of Masculinity"

- linity”, en H. Brod (ed.), *The Making of Masculinities. The New Men's Studies*, Boston, Allen & Unwin.
- Cockburn, Cynthia (1990), “The Material of Male Power”, en T. Lovell (comp.), *British Feminist Thought. A Reader*, Oxford/Cambridge, Basil Blackwell.
- Coltrane, Scott (1994), “Theorizing Masculinities in Contemporary Social Science”, en H. Brod y M. Kaufman (eds.), *Theorizing Masculinities*, Londres, Sage Publications.
- Connell, Robert W. (1995), *Masculinities*, Berkeley/Los Angeles, University of California Press.
- (1987), *Gender and Power: Society, the Person and Sexual Politics*, Cambridge, Polity Press.
- Cornwall, Andrea y Nancy Lindisfarne (1994), *Dislocating Masculinity. Comparative Ethnographies*, Londres/Nueva York, Routledge.
- De Barbieri, Teresita (1998), “Acerca de las propuestas metodológicas feministas”, en E. Bartra (comp.), *Debates en torno a una metodología feminista*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco.
- (1996), “Certezas y malos entendidos sobre la categoría género”, en L. Guzmán Stein y G. Pacheco Oreamuno (comps.), *Estudios básicos de derechos humanos*, San José de Costa Rica, Instituto Interamericano de Derechos Humanos/Comisión de la Unión Europea.
- (1990), “Sobre géneros, prácticas y valores; notas acerca de posibles erosiones del machismo en México”, en J. M. Ramírez Sáiz (ed.), *Normas y prácticas morales y cívicas en la vida cotidiana*, México, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Humanidades-Universidad Nacional Autónoma de México/Porrúa.
- Elias, Norbert (1982), *Sociología fundamental*, Barcelona, Gedisa, (1a. ed., en alemán, 1970).
- Fachel Leal, Odina (1998), “Sexualidad e identidad masculina: impasses y perspectivas de análisis”, en T. Valdés y J. Olavarría (eds.), *Masculinidades y equidad de género en América Latina*, Santiago de Chile, FLACSO/UNFPA.
- Foucault, Michel (1992), “Erudición y saberes sometidos”, en *Genealogía del racismo*, Madrid, Ediciones La Piqueta, (1a. ed. del artículo, en francés, 1976).
- Fuller, Norma (1998), “Reflexiones sobre el machismo en América Latina”, en T. Valdés y J. Olavarría (eds.), *Masculinidades y equidad de género en América Latina*, Santiago de Chile, FLACSO/UNFPA.
- Goldsmith, Mary (1998), “Feminismo e investigación social”, en E. Bartra (comp.), *Debates en torno a una metodología feminista*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco.
- Gutmann, Matthew C. (1997), “Trafficking in Men. The Anthropology of Masculinity”, *Annual Review of Anthropology*, núm. 26.
- Harding, Sandra (1998), “¿Existe un método feminista?”, en E. Bartra (comp.) *Debates en torno a una metodología feminista*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, (1a. ed., en inglés, 1987).
- Hartmann, Heidi (1986), *The Science Question in Feminism*, Nueva York, Cornell University Press.

- (1980), “El desdichado matrimonio de marxismo y feminismo”, en *Zona Abierta*, núm. 24, marzo-abril.
- Hawkesworth, Mary (1999), “Confundir el género (Confounding Gender)”, *Debate Feminista*, año 10, vol. 20, octubre.
- Hearn, Jeff y David Collinson (1994), “Theorizing Unities and Differences Between Men and Between Masculinities”, en H. Brod y M. Kaufman (eds.), *Theorizing Masculinities*, Londres, Sage Publications.
- Hearn, Jeff y David H. Morgan (1990), “Men, Masculinities and Social Theory”, en J. Hearn y D. H. Morgan (eds.), *Men, Masculinities and Social Theory*, Londres/Boston, Unwin & Hyman.
- Hearn, Jeff y Wendy Parkin (1987), “Sex” at “Work”: *The Power and Paradox of Organization Sexuality*, Nueva York, St Martin’s.
- Melhuus, Marit y Kristi Anne Stølen (1996), “Introduction”, en M. Melhuus y K. A. Stølen, *Machos, Mistresses, Madonnas. Contesting the Power of Latin American Gender Imagery*, Londres/Nueva York, Verso.
- Miano, Marinella (1998), *Hombres, mujeres y muxe en la sociedad zapoteca del Istmo de Tehuantepec*, Escuela Nacional de Antropología e Historia, tesis de doctorado.
- Minello, Nelson (en prensa), “Masculinidades. Un concepto en construcción”, *Nueva Antropología*.
- (2001), *La masculinidad en México al fin del milenio*, Universidad de Guadalajara/Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social-Occidente, tesis de doctorado.
- Miranda, Roberto (1998), “Exploraciones históricas sobre la masculinidad”, *La ventana. Revista de estudios de género*, núm. 8.
- Mirandé, Alfredo (1997), *Hombres y Machos. Masculinity and Latino Culture*, Boulder, Col., Westview Press.
- Paredes, Américo (1983), “Estados Unidos, México y el machismo”, *Cuicuilco*, núm. 11, (1a. ed., en inglés, 1966).
- Paz, Octavio (1981), *El laberinto de la soledad*, México, Fondo de Cultura Económica, (1a. ed., en Cuadernos Americanos, 1950).
- Ramírez, Santiago (1977), *El mexicano, psicología de sus motivaciones*, México, Enlace/Grijalbo, (1a. ed. 1973).
- Ramos, Samuel (1986), *El perfil del hombre y la cultura en México*, México, Espasa-Calpe Mexicana, (1a. ed. 1934).
- Rowbotham, Sheila (1984), “Lo malo del ‘patriarcado’”, en R. Samuel (comp.), *Historia popular y teoría socialista*, Barcelona, Crítica/Grijalbo, (1a. ed. del artículo, en inglés, 1979).
- Rubin, Gayle (1986), “El tráfico de mujeres: notas sobre la ‘economía política’ del sexo”, *Nueva Antropología*, vol. VIII, núm. 30, noviembre, (1a. ed., en inglés, 1975).
- Scott, Joan (1990), “El género, una categoría útil para el análisis histórico”, en J. S. Amelang y M. Nash, *Historia y género: las mujeres en la Europa moderna y contemporánea*, Valencia, Edicions Alfons el Magnánim, (1a. ed., en inglés, 1986).

- Segal, Lynn (1990), *Slow Motion. Changing Masculinities, Changing Men*, Londres, Virago Press.
- Seidler, Víctor J. (1989), "Preface and Acknowledgements", en V. J. Seidler, *Rediscovering Masculinity. Reason, Language and Sexuality*, Londres/Nueva York, Routledge.
- Stevens, Evelyn (1973), "Marianismo: The Other Face of Machismo in Latin America", en A. Pescatello (comp.), *Female and Male in Latin America*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press.
- Tanck de Estrada, Dorothy (1982), "La Colonia", en F. Arce Gurza *et al.*, *Historia de las profesiones en México*, México, El Colegio de México.
- Wallerstein, Immanuel (1999), "The Heritage of Sociology, the Promise of Social Science", *Current Sociology*, vol. 47, núm. 1, enero.
- Weeks, Jeffrey (1996), "Telling Stories About Men. Review Article", *The Sociological Review*, vol. 44, núm. 4, noviembre.